Discurso en el Encuentro con Líderes de Comunidades Cristianas y Tradiciones Religiosas

Papa León XIV

Pronunciado en el Salón Libertador del Palacio San Martín de la Cancillería argentina en la tarde del 9 de noviembre de 2026.

«Queridos hermanos y hermanas en Cristo, queridos amigos que adoran con nosotros al único Dios, estimados representantes de las diversas tradiciones religiosas:

Me alegra mucho saludarlos durante este Viaje apostólico. Nuestro encuentro se apoya sobre los pilares del diálogo y de la amistad, que fueron fundamentales en la vida del Papa Francisco y que ahora queremos fortalecer construyendo nuevos puentes, es decir, nuevos caminos de colaboración en la sociedad en la que vivimos.

También yo estoy aquí entre ustedes como Sucesor del Apóstol Pedro y, mientras con él profeso la fe en Cristo, «Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16), verdadero Dios y verdadero hombre, reconozco la unidad del Bautismo con los hermanos de las confesiones cristianas. Según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, deseo reafirmar el vínculo espiritual que une a la Iglesia con el pueblo de Israel (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 4) y el sincero respeto por aquello que de santo y verdadero está presente en las diferentes tradiciones religiosas (cf. ibíd., 2).

La identidad del pueblo argentino se ha ido configurando como un crisol de razas, de culturas y de religiones diferentes, formado por los pueblos originarios y por tantos inmigrantes de distintas partes del mundo que fueron llegando a esta tierra a lo largo de los siglos, trayendo en sus baúles sus sueños y su fe —al principio fueron católicos, evangélicos y judíos, y después muchos más—. Todos ellos, en su diversidad, aprendieron a trabajar juntos, a formar familias y comunidades, a construir colonias y aldeas, «en admirable simbiosis con las tradiciones locales» (S. Juan Pablo II, Homilía, Aeropuerto de Paraná, 9 abril 1987). Así dieron unidad a la nación y llevaron adelante proyectos comunes, sin que las religiones fueran nunca motivo de división, sino punto de encuentro y de compromiso con la sociedad.

También hoy cada uno de nosotros actúa como testigo de un credo, que elegimos vivir haciendo de él una mano tendida para compartir valores culturales y buenas obras.

Nuestro intercambio tiene como base la escucha, que hace posible el conocimiento recíproco y nos permite reflexionar juntos sobre un gesto que realizamos cotidianamente. En todas las religiones rezamos, elevando a Dios nuestras voces. Según las respectivas tradiciones, muchas lenguas, cantos y gestos convergen hacia lo alto, casi reuniéndose ante el inefable misterio de nuestra existencia (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, 1). Precisamente esta forma particular de la palabra humana, que es la oración, nos invita a escuchar los unos las voces de los otros, además de las palabras que pronunciamos. Cuando hablamos a Dios somos nosotros mismos quienes tomamos la palabra: la oración expresa, por tanto, lo que somos ante Dios. La dimensión religiosa es como un espejo que refleja nuestro ser, nuestros pensamientos y afectos, nuestros vínculos. Especialmente en la era digital, la oración nos ayuda a vencer las distracciones, encontrando en el silencio el valor de la escucha.

Observando con atención esta experiencia, quisiera considerar hoy con ustedes tres aspectos que emergen de las oraciones sinceras, en las que cobran voz nuestras creencias, a saber: las religiones como guardianas de la dignidad humana, como expresiones de nuestra libertad y como lugares para cultivar la esperanza.

Ante todo, cada religión atestigua que la persona humana es necesidad y deseo: todos nosotros somos anhelo de vida. Nuestros pulmones tienden al aire como la conciencia al bien. Cada día buscamos el agua como la verdad, necesitados de alimento como de justicia. A este respecto, las religiones recuerdan a todos que no estamos hechos solo de materia: en nuestra carne está inscrita una sobreabundancia de vida y de sentido. Ese mismo deseo, que se hace grito y súplica, atestigua por ello que no venimos de la nada y que no estamos hechos para la muerte. De este modo, entonces, las religiones custodian la dignidad humana: en la oración, que expresa nuestra fe, los ideales de bien y de justicia, de salud y de paz no son palabras vacías, que hay que llenar con intereses particulares, sino testimonios de nuestra voluntad común, que tiende a la alegría. Cada vez que oramos, por tanto, hemos de cuidar de quien vive junto a nosotros, haciendo verdaderas las palabras que pronunciamos con una fraternidad renovada. Mientras alabamos a Dios por el don de la vida, defendámosla siempre y para todos, desde la concepción hasta su fin natural, especialmente cuando se ve amenazada por la miseria y la violencia. Es así como las religiones promueven la dignidad de cada hombre y de cada mujer, en la familia y en el estudio, en el trabajo y en el medioambiente.

En segundo lugar, cuando el hombre habla a Dios sabe que él mismo no es Dios. No hemos hecho nosotros la tierra. Pues bien, ¡no destruyamos con nuestras manos el “jardín” que el Creador nos ha confiado! A este respecto, las religiones, en la medida en que custodian la sabiduría de los pueblos, edifican la sociedad, educan las conciencias y nos liberan de los ídolos. Del ídolo del dominio, porque no somos el Dios de los demás; del ídolo de la vanagloria, porque las cosas que poseemos no nos hacen divinos; del ídolo de la guerra, porque uno solo es el Señor y juez de la historia. Él nos da constantemente la vida y cuida de todos los pueblos: el verdadero nombre de su poder es amor, un amor que no conoce fin. Mientras alabamos a Dios por el don de la salvación, comprometámonos a ser signo de este don para el mundo. Es así como las religiones expresan de la mejor manera nuestra libertad.

En tercer lugar, cuando el hombre habla a Dios se abre al futuro. ¡Sí, el futuro es el tiempo de la fe! Las religiones son un vínculo entre generaciones, memoria milenaria, profecía, espera y promesa; por eso los creyentes miran siempre al futuro con esperanza. Cuando la luz de la fe atraviesa las tinieblas de la muerte, el futuro de cada hombre y de cada mujer, de la sociedad y del mundo entero recobra la esperanza. Nuestra espera común se vuelve entonces laboriosa, porque esta esperanza nos anima a tejer vínculos de vida buena, que liberan de la soledad y reúnen a los pueblos en la concordia. La misma palabra religión es, a este respecto, elocuente: hace referencia a *religare*, es decir, conectar entre sí, ligar a las personas unas con otras. Esta relación sostiene nuestro camino en la historia. Por eso, mientras alabamos a Dios por el don de la esperanza, compartámosla tanto con quien sufre en la pobreza como con quien ha perdido el sentido de la vida y con cuantos quieren comprometerse a renovar el mundo según la justicia.

Haciéndose oración y anuncio, nuestro lenguaje se vuelve caridad elocuente, que anima toda acción. Aquí está nuestro servicio a la humanidad: construir un futuro mejor para todos, a la espera del cumplimiento bienaventurado de la historia. Estamos seguros, en efecto, de que cuanto más el hombre

se conoce verdaderamente a sí mismo, cuidando de su propia dignidad, tanto más se acerca a Dios. Es así como cada palabra buena dicha a quien encontramos, cada gesto bueno dirigido a nuestro prójimo sube como oración siempre grata al Autor de la justicia, que invita a todos a la paz. A este respecto, como afirmaba san Juan Pablo II, juntos «queremos mostrar al mundo que el impulso sincero de la oración no lleva a la contraposición y menos aún al desprecio del otro, sino más bien a un diálogo constructivo, en el que cada uno, sin condescender de ningún modo con el relativismo ni con el sincretismo, toma mayor conciencia del deber del testimonio y del anuncio» (Discurso a los representantes de las diversas religiones del mundo, Asís, 24 enero 2002). Estas palabras, pronunciadas en Asís en una jornada de oración por la paz, siguen siendo muy urgentes: hoy se convierten en motivo de gratitud por el compromiso de todos nosotros y en fuente de aliento para el camino de cada uno.

Queridos hermanos, que cada día sea tiempo de oración, a fin de que la vida de todos refleje aquella dignidad y aquel bien que recibimos de Dios para compartir entre nosotros. Hagamos nuestra la oración que nos ha dejado mi Predecesor el Papa Francisco y que nos compromete a hacer el bien: «Señor y Padre de la humanidad, que creaste a todos los seres humanos con la misma dignidad, infunde en nuestros corazones un espíritu fraternal. Inspíranos un sueño de reencuentro, de diálogo, de justicia y de paz. Impúlsanos a crear sociedades más sanas y un mundo más digno, sin hambre, sin pobreza, sin violencia, sin guerras. Que nuestro corazón se abra a todos los pueblos y naciones de la tierra, para reconocer el bien y la belleza que sembraste en cada uno, para estrechar lazos de unidad, de proyectos comunes, de esperanzas compartidas. Amén» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 287).

Que el Omnipotente bendiga nuestra pasión por la humanidad e inspire nuestro compromiso de paz: esa paz que se cumplirá para siempre en el nombre santo de Dios. Gracias.»